

## AGENDA CIUDADANA

### LA GRAN CUESTIÓN

Lorenzo Meyer

**La Fuerza de la Marginalidad.**- A estas alturas y para sociedades como la nuestra, la gran cuestión es saber si es posible salir y como, de la condición de marginalidad o subdesarrollo en que la historia nos colocó, al menos desde el siglo XVI.

La mayoría de los países que conforman el sistema internacional actual pueden ser clasificados como pobres. Prácticamente todos ellos han vivido en esa condición en el pasado reciente –digamos en los últimos dos siglos-- y no hay signos que nos permitan suponer que la mayoría pueda dejar de serlo en el futuro previsible. En la perpetuación de esta condición de pobreza relativa, pareciera funcionar una especie de maldición histórica: sólo a un puñado de aquellas sociedades nacionales que no tuvieron la oportunidad de convertirse a tiempo en centros dinámicos del capitalismo, le será dado superar su condición actual de marginalidad. Las fuerzas de la globalización económica operan en el sentido de mantener, sino es que de acentuar, la actual división entre pobres y ricos.

Examinando la dinámica del actual sistema económico mundial, es viable suponer que China o la India podrán romper en algún momento del siglo XXI el círculo vicioso en que les metió la historia. Ambos gigantes asiáticos tienen buenas posibilidades de volver a ingresar al grupo de los ganadores –alguna vez fueron sede de sendos y prósperos imperios- pero desde aquí la gran pregunta es sí México también podrá hacerlo. Ha pasado ya casi un cuarto de siglo desde el gran desplome de la economía mexicana y, como país, seguimos sin encontrar la salida del laberinto del estancamiento en que entonces nos metimos. Evidentemente, no podemos dejarnos ganar por el desaliento, pero tenemos la obligación de ser realistas en relación a nuestras posibilidades de colocarnos en el ciclo virtuoso del

desarrollo sostenido, pues éstas son ya muy pocas y nuestras élites dirigentes no parecen tener conciencia de la magnitud de su responsabilidad histórica.

La Añeja Raíz Histórica.- Hace casi cuarenta años fue en Biafra como resultado de una guerra civil, luego Etiopía, por la misma causa, y ahora le tocó el turno a Níger, una república africana, al sur de Argelia, sin salida al mar y formalmente democrática desde hace seis años. Una parte de sus poco más de sus doce millones de habitantes se está muriendo, literalmente, de hambre. Las primeras víctimas son los niños, luego los ancianos y al final el resto. ¿Es por azar que las últimas grandes hambrunas se concentran en África? ¿Es una mera casualidad que 23 de los 25 países que hoy se encuentran en el fondo de la escala del desarrollo sean africanos o que América Latina se distinga por su falta de crecimiento?

Desde luego que no, pero ¿cuales son las causas de esta concentración de males como el hambre, la desnutrición, o el estancamiento económico prolongado en unas zonas del planeta y no en otras? Jared Diamond, un fisiólogo y geógrafo que no se arredra ante las grandes preguntas, intentó una compleja respuesta que parte del supuesto que la inteligencia está igualmente distribuida en todos los continentes, etnias y épocas. En un libro ganador del Premio Pulitzer, Guns, Germs and Steel. The Fate of Human Societies (Norton, 1996), Diamond extiende su mirada a los últimos 13 mil años para responder a la sencilla pregunta que hace mucho le hizo un indígena particularmente vivaz de Nueva Guinea: ¿por qué los blancos tenían más bienes materiales que los nativos si, finalmente, no eran más inteligentes unos que otros? La respuesta, tentativa, desde luego, la centra Diamond en cuatro conjuntos de factores ambientales y sus efectos a través de los milenios. Esos factores, en particular la latitud de la gran masa euroasiática, le dieron a esa región una enorme delantera en diversidad biológica y, por tanto, en plantas y animales factibles

de domesticar, lo que le permitió alimentar una mayor población. Eso, y la ausencia de grandes accidentes geográficos, facilitó el flujo migratorio y el intercambio cultural, todo lo cual con el correr de los milenios devino en una ventaja en materia de organización y armamentos que finalmente le permitió a Europa y sus extensiones en otros continentes – notablemente a Estados Unidos— convertirse en el centro del sistema de dominación mundial, posición que mantiene hasta la fecha, aunque quizá pronto la tenga que compartir con sus vecinos asiáticos: China e India.

El Optimismo Bajo Asedio.- En el siglo XIX, y como una variante de la idea europea del progreso, el socialismo anunció que la superación del capitalismo a nivel mundial era tan justo como inevitable. Ello permitiría en un futuro impreciso pero seguro, reordenar racionalmente al conjunto social planetario de manera que desaparecería no sólo el imperialismo sino la explotación misma del hombre por el hombre, y con ella la dominación y la oposición entre pobres y ricos. Se daría inicio a la verdadera historia humana, una donde el “reino de la necesidad” quedaría sustituido por otro donde la naturaleza sería dominada y cada ser humano tendría los recursos para desarrollar, en libertad y por primera vez, todas sus potencialidades.

El optimismo decimonónico se fue perdiendo como resultado de la brutal confrontación con la realidad, al punto que hoy apenas si quedan trazas de la utopía. Ya nadie se empeña en sostener que es posible acabar con la histórica división entre ganadores (pocos) y perdedores (muchos) y, menos, trascender el “reino de la necesidad”. Hoy, la utopía es tan modesta que apenas si es utopía: disminuir la pobreza, auxiliar a las víctimas de las hambrunas, moderar el ritmo de destrucción del medio ambiente y alejar la relación entre las naciones de la lucha propia del “Estado de naturaleza”.

Pese a pesar de que la meta deseable del siglo XXI es muy modesta, parece casi imposible de alcanzar. De los documentos y declaraciones de las grandes organizaciones mundiales, tales como Naciones Unidas o el Banco Mundial (BM), se desprende que la política deseable sólo consiste en reducir –no en revertir-- las tendencias actuales, esas que están haciendo que los ricos sean cada vez más ricos y que los pobres sean cada vez más pobres, lo mismo dentro de cada país como entre los países. En si misma, la demanda se basa tanto en el concepto universal de justicia como en la necesidad de evitar que la frustración de los perdedores de siempre se convierta en violencia contra los ricos. Sin embargo, pese a lo legítimo del objetivo, los mecanismos que hoy rigen a la economía global, hacen casi imposible lograrlo, al menos eso es lo que se desprende de las cifras y del análisis del libro de Branko Milanovic, un economista y funcionario del (BM), que se titula Worlds Apart: Measuring International and Global Inequality, (Princeton University Press, 2005).

Milanovic usa a fondo los bancos de datos del BM sobre el ingreso de los hogares y de su distribución en el mundo, y termina por dar apoyo, aunque no lo quiera, a quienes sostienen una visión pesimista sobre la relación entre la justicia y la equidad y la naturaleza del desarrollo actual.

Según las cifras del BM –una organización que funciona según las reglas del capitalismo, pero ilustrado, si es que tal cosa existe— en el 2001, 1,100 millones de personas –el 20% de la población mundial-- tenían que arreglárselas con ingresos promedio equivalentes a lo que se podía adquirir en Estados Unidos con un dólar diario. En total 2,700 millones de personas sobrevivían con el equivalente a 2 dólares o menos, al día. En el 2004, según las agencias especializadas de las Naciones Unidas, 852 millones de personas sufría de hambre crónica y casi la mitad de la población infantil mundial experimentaba alguna carencia elemental que incidía negativamente en sus posibilidades de desarrollo.

De acuerdo con Milanovic, si se toma el ingreso promedio per capita de Brasil –casi el mismo que el mexicano-- como el límite abajo del cual se vive en la pobreza, resulta que el 77% de la población mundial es pobre. El capitalismo global --la lógica del mercado que funciona a plenitud desde la desaparición de la URSS--, apenas ha permitido que el 16% de la humanidad tenga niveles de vida superiores al promedio del ingreso per cápita que se tiene en Portugal; esos son los ricos. En vista de lo anterior, aquello que se puede llamar la clase media –esa que en la sociología clásica del desarrollo se considera la base fundamental de una sociedad ordenada y digna— apenas abarca a un magro 7% de la población mundial. A principio del siglo XX, Andrés Molina Henríquez llamó a la sociedad mexicana un monstruo por sus deformidades sociales, ya que tenía las extremidades inferiores (los pobres) enormes, el tórax (la clase media) muy pequeño y la cabeza (la oligarquía) minúscula. Pues bien, según los datos disponibles, al inicio del siglo XXI, ya no es México sino el mundo en su conjunto, el que se asemeja a una criatura monstruosa como resultado de sus deformidades sociales.

En términos relativos, el número de pobres aumenta y la clase media apenas si se nota, pero los ricos, con ser pocos, vaya que si se notan. El año pasado había en el mundo 587 mil millonarios, la suma de cuyos capitales era de 1,900, 000, 000, 000 dólares; cantidad equivalente a la que se necesitaría para contratar por un año a mil millones de trabajadores de las partes más pobres del mundo. Nunca en la historia de la humanidad, tan pocos habían dispuesto del trabajo de tantos. La teoría económica clásica, la de Adam Smith, sostiene que en un mercado global y con el correr del tiempo, el capital migra de los países ricos pero con tasas de interés bajas, a los países pobre pero con tasas de interés altas y, en el largo plazo –y sin hacer caso del *dictum* de Keynes, que en largo plazo todos estaremos muertos— la distancia entre sociedades ricas y pobres se hará insignificante. Hasta hoy, la

realidad pareciera no haber tomado en cuenta tan optimista teoría del capitalismo, y los que eran ganadores hace siglos siguen siendo ganadores hoy. Según Milanovic, de 1820 a la fecha, la distancia entre los países ricos y los pobres se ha más que duplicado.

Es verdad que en China, el país más poblado del mundo –1,600 millones de habitantes--, el crecimiento económico actual es sorprendente, pero también lo es la brecha creciente que separa a los más pobres, especialmente campesinos, de los nuevos millonarios de un país que, formalmente, es socialista. Ni que decir que las cifras del INEGI en México muestran lo mismo: que los más afortunados siguen ganando terreno a expensas de los que se encuentran en el otro extremo del espectro. Y lo mismo ocurre en los Estados Unidos.

Replanteando la Gran Cuestión.- A partir de la independencia, el proyecto nacional mexicano fue sacar al país de la marginalidad en la que le había colocado su centenario estatus como colonia de Europa y convertirlo en una potencia o, cuando menos, en un país respetable y respetado. Para José María Morelos, el proyecto también incluía como parte central disminuir la brecha entre ricos y pobres. Con la república restaurada, el porfiriato y luego con la posrevolución, se tuvo la sensación de que, al menos en parte, ese proyecto se estaba cumpliendo, al punto que en los 1960 se llegó a hablar, sin ironía, del “milagro económico mexicano”. Sin embargo, hoy ese optimismo casi ha desaparecido y su lugar lo ocupa un vago sentimiento de fracaso colectivo, que a su vez es producto de la gran promesa incumplida del neoliberalismo mexicano: que la privatización y el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte significaban intercambiar al nacionalismo económico por una dinámica de integración con Estados Unidos que aseguraría un crecimiento igual o superior al que se había tenido en la época de oro del “desarrollo estabilizador”, es decir, un crecimiento promedio del PIB por encima del 6% anual.

**El gran tema de la campaña presidencial que ya se inició, no puede ser otro que la urgencia de recuperar el ritmo de crecimiento y las condiciones mínimas de equidad entre las clases. Esa es la cuestión de nuestro tiempo, la única verdadera gran cuestión: como lograr que México sea parte de ese puñado de países que pueden tener éxito es su esfuerzo por sacudirse la maldición histórica, y dar el gran viraje en su proceso de desarrollo. Otro sexenio perdido y nos aseguramos la permanencia (¿la perpetuidad?) en la marginalidad.**